Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 16 (1989)
Heft: 4

Artikel: Suiza vista por un húngaro
Autor: Martin, József
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-909373

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 09.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Para el brasileño Gideon Rosa, es la ciudad más hermosa de Europa: Zurich. (Foto: Swissair)

La proverbial puntualidad de los suizos permanece congénita en ellos, mismo si entrentanto tuvieron que ceder a la competencia japonesa una parte importante de su imperio relojero. La prensa helvética hace frecuentemente «el elogio» del Brasil. Sus temas preferidos son la incapacidad de nuestras autoridades administrativas, la miseria de las favelas y el carnaval.

En la conciencia de mucha gente, el Brasil es un país lejano en el cual innumerables hermosas descendientes y espléndidos descendientes de esclavos africanos no hacen otra cosa que dedicarse a lo largo del día a ritos exóticos de la macumba.

Es por lo menos así que todas las televisiones y radios del mundo describen en sus reportajes ese país tropical que no sería para ellos más que una vulgar república bananera.

Al igual que a menudo se da en Suiza una imagen falsa del Brasil (sexo, sol y playas al borde del mar), muchos brasileños creen que la vida en Suiza no es más que un juego placentero.

Aprovecho para poner en guardia a todos los que se imaginan que ese pedazo de tierra de 42.000 kilómetros cuadrados –que los clichés describen como el país del queso, del chocolate y de los bancos– es simplemente el paraíso. Existe, en efecto, enclavado entre Austria y Suiza, un país todavía mucho más pequeño que se llama el Liechtenstein.

Parece que en ese Principado no se pagan impuestos.

Gideon Rosa, Salvador de Bahía

Suiza vista por un húngaro

El visitante que no había estado en Ginebra anteriormente más que de tanto en tanto en calidad de enviado especial encargado de cubrir algun acontecimiento político, pudo esta vez darse cuenta, a cada paso, que en este país que, mismo comparándolo con Hungría, es pequeño –la superficie de Suiza representa aproximadamente la mitad de la de Hungría– los ciudadanos se sienten comódos y se comportan como propietarios. Ahora bien, el hecho que el sistema político llamado «socialismo» redujo o mismo destruyó el sentido de la propiedad y que en el curso de estas decenias las fortunas pequeñas o grandes fueron aniquiladas, constituye precisamente una de las mayores preocupaciones de los gobiernos de los países del Este. El visitante que llega de Hungría se pregunta sobre que base se fundan los sentimientos que permiten a los suizos sentirse tan completamente en casa en un país en el cual casi nada se parece y donde hay diferentes lenguas y religiones.

Para una persona originaria de un país del Este, es también una experiencia única ver varios idiomas coexistir pacíficamente, ya que sabe bien que en su propio país la discriminación lingüística y étnica, las formas de opresión moderadas o brutales y el genocidio encubierto o declarado, corresponden a una vieja tradición y aún hoy día existen.

Los suizos son mejores que su reputación

En la óptica de una persona originaria de un país del Este, afirmaciones tales como «El racismo en lo cotidiano», que pueden leerse en los titulares de algunos diarios regionales suizos, parecen muy exageradas.

En Hungría hay actualmente unos 20.000 refugiados de Transilvania, la mayoría húngaros, y a veces uno se pregunta con angustia: ¿que pasaría si una masa importante de refugiados franqueara la frontera? Hay que decir que esta pregunta está relacionada con la crisis económica que atraviesa nuestro país.

Al examinar las estadísticas suizas me pregunté, sin embargo, que ocurriría en otros países si un sexto de la población fuera extranjera.

Esta diversidad que se encuentra en Suiza es también notable, tal como la paz que reina entre las diversas regiones del país, pero, sé muy bien que este hecho está ligado a su situación económica.

Suiza es uno de los países más ricos del mundo, con 25.000.- dólares, el producto nacional bruto es más o menos diez veces más elevado que en Hungría.

Al reparar en la tolerancia lengüística y la disponibilidad para recibir extranjeros, no pensaba en las condiciones materiales, me preguntaba ante todo si la realidad no vale más que la opinión que los suizos tienen de ellos mismos y si la idea según la cual «los suizos desconfían de los extranjeros» no es un puro invento.

La democracia directa

La mentalidad que reina en los países del Este está muy lejos del factor principal de la unidad de Suiza, que es la democracia directa, con su sistema genial de autonomía local.

Unicamente por la salvaguardia democrática de los intereses locales en la vida cotidiana es que puede explicarse que los suizos franceses y los suizos italianos no aspiren a aproximarse a Francia y a Italia, al igual que los suizos alemanes tampoco a otros países germánofonos.

No es solamente de ayer que los pensadores políticos húngaros descubrieron lo que hace la fuerza del federalismo suizo. Cuando se disolvió la monarquía austrohungara, Oskár Jászu, uno de los mejores conocedores del tema de las nacionalidades, retomó el proyecto de una Confederación del Danubio preparado en el siglo XIX por Lajos Kossuth y lanzó la idea –excelente pero jamás llevada a

cabo– de una Suiza en la parte oriental de Europa Central.
Esto es lo que escribió: «La historia de todos los Estados federativos fundados sobre bases sólidas e impregnados de un verdadero espíritu democrático muestra que tal estructura tiene un gran poder de atracción sobre los Estados vecinos». La miseria que reina en los pequeños países de la Europa del Este (es la expresión utilizada por otro gran pensador húngaro, István Bibó) impidió que la confrontación de las nacionalidades fuera reemplazada por un sistema político federativo.
Las razones son múltiples y, en la situación actual, solamente en un futuro muy lejanc Suiza podrá servir de modelo a la parte oriental de la Europa Central.
En cambio, el sistema democrático suizo tal como es aplicado todos los días puede proporcionar a Hungría enseñanzas de gran utilidad. Desde hace meses, la sociedad húngara trata de elevarse al nivel de los estados de derecho europeos e introducir el pluripartidismo.
Al respecto, hay conversaciones en curso sobre la elaboración de un nueva constitución y sobre la institucionalización de votaciones populares.
Por tal motivo se comprenderá que nosotros, los que visitamos Suiza, estamos fascinados por la autonomía de los cantones y por las reglas complejas de las votaciones populares.
Escuché complacido a varios interlocutores declararme que la iniciativa y el referendum constituyen un excelente medio para controlar al ejecutivo y que, mismo el legislativo, debe contar con la posibilidad de una votación popular, especie de espada de Damocles pendiente sobre su cabeza. Según ellos, por una parte limita el poder y, por la otra, permite repensar en todo momento los problemas, lo que evita que se adopten soluciones extremas. Esto hace que la política interior de Suiza pueda parecer un poco tediosa a un observador del exterior.

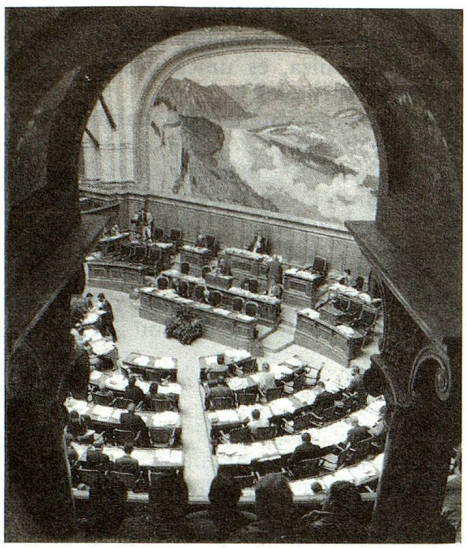
Representación de intereses

Al este del Elba, la democracia en la vida cotidiana podría bien tratarse del producto de importación más solicitado.
Dos votaciones populares en Suiza me parecen confirmar esta hipótesis. En efecto, se conocen las circunstancias y los argumentos que condujeron al rechazo de la adhesión de Suiza a la ONU.
Para corregir un poco el efecto de esta decisión, la opulenta Suiza empezó estos últimos tiempos a comprometerse más con el extranjero, ya sea a título de mediadora o por tareas de control, por ejemplo en Namibia.
El observador extranjero tiene la impresión que la gente desea cada vez más –por motivos de orden moral– que Suiza desarrolle aún más sus buenos oficios que, por otra parte, siempre ofreció.
Con las dificultades económicas a las que debe enfrentarse, Hungría no está actualmente en condiciones de tomar a su cargo buenos oficios. No obstante, una política que razonara también en términos de moral podría revelarse muy útil en oportunidad de los cambios en curso en Budapest. Otra votación popular rica en enseñanzas en la relativa a la iniciativa «Por una Suiza sin ejército», que tendrá lugar en el otoño de 1989.
Prácticamente todos mis interlocutores dan por seguro que el pueblo rechazará la idea de un país sin ejército.
Es verdad que la importancia de la cantidad de votos aprobatorios podría verse influenciada –así me han dicho– tanto por la causa de los objetores de conciencia como por el deseo de algunos medios de la izquierda y de pacifistas de ver disminuir los gastos militares.
Esta forma de tratar los asuntos extremadamente complejos muestra al europeo del Este que la democracia directa puede contribuir eficazmente a hacer valer públicamente intereses divergentes.

La Europa de las regiones

Ya que se trata de las divergencias que uno encuentra en Europa, se podría agregar que la autonomía local, tal como existe en Suiza, es única mismo en los países occidentales.
Gracias a ese sistema, los habitantes se consideran –como pude constarlo en muchos lugares– primero ciudadanos de su comuna, luego del cantón y después de la Confederación.
Esta forma de autonomía administrativa no crea solamente la posibilidad de contactos estrechos entre el ciudadano y las autoridades, sino que es también un factor de estabilidad, lo que resulta altamente instructivo en la óptica de un europeo del Este.
Es pues normal que una democracia que reposa sobre fundamentos tan amplios goce de la confianza de los proveedores de fondos.
En Hungría, la apertura hacia la democracia reforzará muy probablemente la confianza del mundo financiero internacional, que hasta ahora faltaba por razones comprensibles.
Para ilustrar esta afirmación, recordaré que en el curso de los últimos 17 años fueron invertidos en Hungría capitales extranjeros por un monto de 300 millones de francos mientras que solamente el año pasado se invirtieron 800 millones en Turquía y 1,4 mil millones en Grecia.
Indirectamente, el sistema democrático demuestra ser también igualmente una especie de inversión.
En otra escala, la autonomía abre otros caminos, que no son mas una particularidad suiza.
Hablo de los contactos de los cantones con el extranjero. En oportunidad de las conversaciones que mantuve en Suiza, se trató por ejemplo de la cooperación científica en el campo de la protección del medio ambiente entre Basilea, Alsacia y el Bade-Wurtemberg.
En Hungría, es precisamene este tipo de cooperación transfronteriza entre los países del Este que tiene grandes dificultades para funcionar, mismo siendo muy necesario.
Así es que, partiendo del sentido de la propiedad, llegamos a la cooperación regional y a Europa, pasando por el sistema de la consulta popular y la autonomía cantonal.
Los mecanismos suizos dan, en cierta forma al observador proveniente de un país del Este, una brújula cuyas agujas van, en el interior del país hacia pequeñas colectividades que se organizan libremente, y, más allá de las fronteras, en dirección de una Europa que está buscando abolir los bloques y en cuyo seno las regiones dotadas de amplia autonomía puedan cooperar entre ellas.
Suiza queda afuera de la CE pero establece estrechos contactos con los Doce en la esfera económica, lo que es particularmente interesante en la óptica húngara:

Decenas de votaciones comunales, cantonales y federales por año: la democracia en la vida de todos los días. (foto: Keystone)



La política interior Suiza: a veces un poco tediosa a los ojos de un húngaro, raramente dado a elegir soluciones extremas. (Sala del Consejo Nacional. Foto Keystone)

por razones políticas se puede rechazar la adhesión a la CE, sin impedir por ello una colaboración en el plano económico. Esto, sin embargo, es solamente posible cuando se trata de una potencia económica tal como Suiza. Pero, mismo si se hace sólo en forma restringida y teniendo en cuenta la situación de Hungría, la transposición de las cualidades suizas puede ayudar a Hungría en sus esfuerzos tendientes a convertirse en un país verdaderamente europeo, dentro del espíritu de tradiciones seculares democráticas y cristianas.

József Martin, Budapest

Fuentes

– Lionel Richard «Suiza - Vista desde París» Anuario 1987 de la NSH: Suiza y el mundo, Editado por Jürg Altwegg. Ediciones Sauerländer, Aarau.

– Gideon Rosa. «Impresiones sobre un país rico» Tages-Anzeiger del 30 de julio de 1988 (traducción del texto brasileño al alemán para el «Tages-Anzeiger»: Mark D. Herzka.

– József Martin. «Suiza vista por un húngaro

– Jürgen Engert. «No hay tratamiento preferencial para Suiza»
Politik und Wirtschaft, Nº 9/1989.

– Peter M. Lingens. «No es sensatez sino pusilanimidad
Politik und Wirtschaft, Nº 9/1989.
«Neue Zürcher Zeitung» del 20 de julio de 1989.

Algunos artículos debieron ser ligeramente abreviados; una parte de los títulos corresponde a la redacción de Panorama Suizo.

Agradecemos muy sinceramente a los autores y a los editores por el derecho de reproducción.

No es sensatez, sino pusilanimidad

Al renunciar a convertirse en miembro de la CE, Suiza malogra la posibilidad que tendría de participar en la construcción de la Europa del futuro, y esto puede serle perjudicial ya que Suiza, mismo si estuviera simplemente asociada a la CE, no podría eludir los efectos de la política europea. Pero sobre todo para Europa es lamentable que Suiza se mantenga apartada porque sus principios republicanos, su liberalismo y su pluralismo linguïstico y religioso podrían servir de modelo a la Comunidad. Suiza, al igual que Austria, se encuentra geográficamente en el corazón de ese Continente y estaba predestinada a convertirse en el centro de esta nueva Europa en vez de figurar en el mapa como una mancha blanca.

Pero, tal como los suecos y los austríacos, los suizos consideran, aparentemente, que su neutralidad es un bien irremplazable, al cual sacrifican la unidad europea. Personalmente, yo no comparto esa visión de las cosas. Por principio, querer mantenerse apartado de todo conflicto es, a mis ojos, un signo de pequeñez y no de cordura. Y el único argumento invocado para justificar esa actitud mezquina –el hecho de creerse a salvo de conflictos armados– no es plausible ya que como todos sabemos, Bélgica, país neutral, fue invadida sin problemas por las tropas hitlerianas.

Si Suiza quedó a salvo lo debe únicamente –como se desprende de los sumarios del alto comando alemán– a su poder militar y de ninguna manera a su neutralidad.

La Europa unida del mañana, es mucho más que la suma de ventajas que puede ofrecer en la esfera económica y en la de la seguridad: es la visión de una Europa en la cual el nacionalismo estaría definitivamente desterrado (de un porvenir en el que cada uno estará orgulloso de ser Europeo, ya sea de origen suizo, alemán o francés), la visión de una unidad cultural nacida de la diversidad, la visión de la libertad individual y física, la visión de un renacimiento de «Occidente» como potencia mundial tanto en las esferas económica y militar como en las de la cultura y la sociedad.

Me parece que se debería, mismo y sobre todo en Suiza, sacrificar el cantonalismo existente en ese país al sueño de una Europa unida, que es tan vasta como el arte barroco y el espíritu del Siglo de las Luces.

Peter M. Lingens, Viena

No hay tratamiento preferencial para Suiza

Yo no soy suizo, soy alemán y, como tal, diría modificando un poco una frase de Karl Kraus: «La historia no es ya más lo que era».

En otras palabras, quien la considere como un valor intalterable y que desconozca que su esencia es evolucionar, no podrá comprender el acontecimiento histórico que constituye la creación en Europa de un mercado común interior, con todas las consecuencias políticas que implica.

Se ha puesto en marcha una dinámica, generada por una idea muy antigua, renovada sin cesar y que hoy día se ha convertido en un gran designio. Como pequeño país, Suiza se verá demasiado afectada para poder pretender representar un rol especial.

Enfrentada al dilema: convertirse en miembro pleno de la CE o aislarse de ésta, trata de hacer de necesidad virtud. Quisiera mantener su «capacidad de integración en Europa», lo que se parece un poco a un certificado de capacidad de procreación. Yo podría, si quisiera, pero no quiero. O todavía no. Y, por lo tanto, los objetivos políticos y económicos de Suiza y los de la CE son casi los mismos.

¿Es qué los suizos serán un día europeos de segunda categoría?

¿No tendrán más necesidad de preocuparse por la «superpoblación extranjera porque de todos modos ya nadie tratará de obtener su pasaporte?

Como yo soy alemán y no suizo, desearía que el carácter suizo de la democracia marque la decoración interior de la casa europea.

Queridos suizos, hagan buen uso de sus propios medios. No cuenten con un trato preferencial. Pero, mi ruego será sin duda en vano. Entre nosotros, hay mismo muchos que desearían que Alemania se encontrara con sus fronteras de 1937.

¿Izar la bandera europea en el San Gotardo?

También en el Liechtenstein. Sería maravilloso. No hay duda. Solamente que no responde a las necesidades de los suizos.

Jürgen Engert, Berlín Oeste